

mente la exactitud con que fueron fieles en las cosas más pequeñas. Ninguno dejó de ser muy sobresaliente en este particular, porque no hay medio más seguro para conservar la inocencia. Hacia de ellas tanto caso S. Francisco Javier, que en medio de las más importantes y más trabajosas ocupaciones, era tan exacto en cumplir con sus devociones, como pudiera el novicio más fervoroso. Profesaba tierna devoción á las cinco llagas de Cristo, y á la Concepcion de la Santísima Virgen, haciendo todos los días á las primeras la corta oracion con que se acabará esta novena.

Oracion para el último dia de ella.

Glorioso S. Francisco Javier, que tuvisteis siempre tan grande fidelidad en las cosas más pequeñas, tan afectuosa devoción á las sagradas llagas de Cristo nuestro Señor, y tan tierno amor á la Santísima Virgen: suplicote que me alcances de Dios estas mismas virtudes; que de aquí adelante sea siervo fiel en las cosas más menudas de que hace tanto caso el soberano Dueño; que en vida y en muerte halle abrigo en las sagradas llagas de mi Salvador, y que en todo tiempo encuentre en la Santísima Virgen todos los oficios de una buena madre. No permitais que acabe esta novena sin conseguir la gracia que tantas veces os he pedido en ella, si ha de ser para mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amen.

Oracion de S. Francisco Javier á las cinco llagas.

O Jesus, Dios de mi corazón, suplicote por aquellas cinco llagas que el amor á los hombres te abrió en la cruz, favorezcas á tus siervos, que rescataste á costa de tu preciosa sangre. Amen.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES MACEDONIO Y PATRICIA SU MUJER, Y MODESTA SU HIJA, en Nicomedia.

LOS SANTOS MÁRTIRES TEUSETAS, Y HORRES SU HIJO, TEODORA, NINFODORA, MARCOS Y ARABIA, en Nicea, los cuales todos fueron quemados por confesar á Jesucristo.

SAN SABINO, mártir, en Hermópolis de Egipto; el cual despues de

muchos tormentos consumó el martirio, habiéndole ahogado en un río.

SANTA CRISTINA, virgen y mártir, en Persia.

LOS SANTOS RODRIGO, presbítero, y SALOMON, mártires, en Córdoba. (*Véase su historia en las de este dia.*)

SAN NICEFORO, obispo, en Constantinopla, el cual defendiendo acérrimamente la tradicion de los santos Padres, y oponiéndose á Leon el Armenio, emperador iconoclasta, en defensa del culto de las santas imágenes, fué desterrado por dicho emperador, y al cabo de catorce años de martirio en el destierro, murió en el Señor. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN ANSOVINO, obispo y confesor, en Camerino.

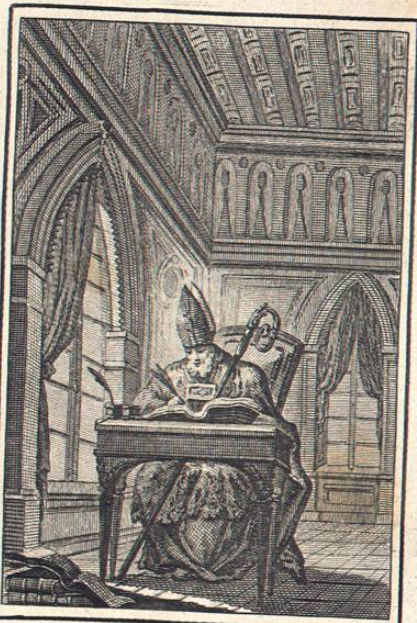
LA GLORIOSA MUERTE DE SANTA EUPRASIA, virgen, en la Tebaida. (*Véase su historia en las de este dia.*)

SAN NICEFORO, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA, CONFESOR.

TEODORO, padre de nuestro Santo, fué secretario del emperador Constantino Copronymo; pero cuando el tirano se declaró perseguidor de la Iglesia católica, este ministro fiel, reflexionando cuán obligados estamos á obedecer á Dios antes que á los hombres, mantuvo el honor debido á las imágenes santas con tanto celo, que fué despojado de todos sus honores, azotado, afligido con torturas, y últimamente desterrado. El ejemplo doméstico de su padre animó desde su infancia á nuestro jóven Niceforo á la práctica de todas las virtudes; y en su educacion fueron tan considerables los progresos, como grandes habian sido sus deseos de aprovechar, y bellisimas las instrucciones que habia recibido, hasta que la madurez de su edad y los adelantamientos de su estudio le permitieron presentarse en el teatro del mundo. Cuando fueron elevados al trono imperial Constantino, é Irene, y restituida la religion católica, recibieron grandes noticias de nuestro Santo, y por sus méritos llegó á granjear un partido grande en sus favores. Fué por estos príncipes elevado á la dignidad de su padre, y el lustre de su santidad le hizo mirar como el más precioso ornamento de la corte, y ser la columna de todo el estado. Distinguióse por su celo contra los iconoclastas: fué secretario del segundo concilio de Nicea, y por muerte de S. Tarasio, patriarca de Constantinopla, en el año de 806, no se halló otro más digno de sucederle que nuestro Santo. Para dar un testimonio auténtico de su fe, tuvo en la mano durante su consagracion un tratado que él mismo habia escrito en defensa de las imágenes, y concluida la ceremonia le puso debajo del altar, como en muestra de que siempre sostendria la tradi-

cion constante de la Iglesia. Apenas se vió sentado en la cátedra patriarcal, cuando principió á considerar como disponer una mudanza y reforma total de costumbres, y sus preceptos desde el púlpito recibian doble fuerza del ejemplo que á todos daba su conducta, y la práctica uniforme y constante de una piedad eminente. Aplicóse con una diligencia infatigable á todas las obligaciones de su cargo y ministerio, y con sus celosas tareas, mansedumbre, y paciencia invencibles, sostuvo su virtud sin otro apoyo, y se opuso al ímpetu de la iniquidad. Pero estos sucesos gloriosos no le hicieron tan ilustre como la fortaleza con que despreció las amenazas de los tiranos, y sufrió persecuciones por la justicia.

Habiendo mudado de mano el gobierno, el patricio Leon, el Armenio, gobernador de Natolia, fué proclamado emperador en el año de 813, y siendo hereje iconoclasta, procuró con artificios y con violencias restablecer en el imperio su herejía. En primer lugar pensó en ganar con malignas sugerencias la voluntad del santo patriarca, para que favoreciese sus designios; pero Niceforo le respondió: *Nosotros no podemos mudar las antiguas tradiciones: respetamos las imágenes santas como lo hacemos con la cruz, y con los libros de los Evangelios.* Porque es necesario advertir que los antiguos Iconómacos veneraban los libros de los Evangelios, y la figura de la cruz, aunque por una inconsecuencia muy comun en los errores, condenaban igual honor relativo á las imágenes de los Santos. Niceforo demostró, que léjos de derogar por esto cosa alguna al honor supremo que tributamos á Dios, y se le debe; le honramos á él mismo, cuando reconocemos un respeto subalterno á sus ángeles, santos, profetas y ministros: y tambien cuando damos un honor inferior relativo á las cosas inanimadas pertenecientes á su servicio, como son los vasos sagrados, las iglesias y las imágenes. Pero el tirano estaba encaprichado en su error, que al principio pretendió estender con estratagemas: y en consecuencia de esto animó secretamente á unos soldados para que tratasen con desprecio una imagen de Cristo que estaba en una gran cruz colocada sobre las puertas de la ciudad, de cuyo hecho tomó ocasion para mandar que la dicha imagen fuese quitada de la cruz, pretextando hacerlo para evitar otra profanacion semejante. San Niceforo conoció la borrasca que se iba fraguando, y estuvo largo tiempo en oracion en compañía de varios obispos y abades santos. A poco tiempo el emperador, que habia juntado algunos prelados iconoclastas, envió por el patriarca y por los demás obispos que le acompañaban y seguian. Obedecieron puntual-



S. LEANDRO ARZ. Y C.

mente la citacion; pero suplicaron á S. M. dejase libre el gobierno de la Iglesia á sus pastores. Emiliano, obispo de Cyzici, uno de los que componian el cuerpo de aquellos, dijo: *Si este es negocio eclesiástico, trátese en la iglesia segun costumbre, y no en palacio.* Eutymio, obispo de Sardes, dijo: *Ochocientos años hace, desde la venida de Jesucristo, que ha habido siempre pinturas de él, y que ha sido honrado en ellas. ¿Quién pues será tan osado que se atreva á abolir una costumbre tan antigua, y una tradicion tan constante?* S. Teodoro el Studita habló despues de los obispos; y dijo al emperador: *Señor, no turbeis el orden de la Iglesia. Dios ha puesto en ella apóstoles, profetas, pastores y maestros. El os ha fiado el cargo del estado; pero dejad la Iglesia á sus pastores.* Airado entonces el emperador les echó de su presencia: pero algun tiempo despues los Iconoclastas tuvieron un pretendido concilio en el palacio imperial; y citaron al patriarca á comparecer ante ellos: á cuyas mociones volvió el Santo esta respuesta: *¿Quién os ha dado esa autoridad? ¿Ha sido el papa ó alguno de los patriarcas? En mi diócesis no teneis jurisdiccion:* y entonces leyó el cánón que declara descomulgados á aquellos, que presuman ejercer algun acto de jurisdiccion en la diócesis de otro obispo. Ellos no obstante procedieron á pronunciar contra él una sentencia ridicula de deposicion; en cuya consecuencia el santo pastor, despues de varias diligencias hechas insidiosamente contra su vida inocente, fué enviado por el emperador á un destierro injusto. Miguel el *Balbucente*, que en el año de 820 habia sucedido á Leon el Armenio, estaba imbuido en la misma herejia, y fué tambien perseguidor de nuestro Santo, que murió en su destierro á 2 de junio, en el monasterio de S. Teodoro, que él habia edificado, en el año de 828, el catorce de su destierro, y el setenta de su edad. Por orden de la emperatriz Teodora fué llevado su cuerpo á Constantinopla con gran pompa y acompañamiento en el año de 846, á los 13 de marzo, en cuyo día hace de él conmemoracion el Martirologio romano.

SAN LEANDRO, ARZOBISPO DE SEVILLA.

SAN Leandro, ilustrísimo por su real sangre, celeberrimo por su celo y piedad, Apóstol de los Godos, uno de los mas brillantes ornamentos de la dignidad episcopal, y uno de los mayores Santos de la Iglesia; nació por los años 534 en la ciudad de Cartagena, llamada Bigastro en la antigüedad.

Sus padres Severiano, capitan de la milicia correspondiente

al departamento de Cartagena, y Turtura, señora de grandes prendas, mas distinguidos por su piedad que por la nobleza de su ascendencia, nada menos que de los reyes godos y visigodos, siendo profesores de la fe católica en medio de un reino infecto con la peste arriana, dieron á Leandro, primer fruto de la bendicion de su dichoso matrimonio, una educacion conforme al espíritu de la religion cristiana, cuyas máximas procuraron imprimir desde luego en su corazon. Sus inclinaciones todas nobles, generosas y cristianas, contribuyeron no poco para que ya en su juventud fuese la admiracion de las gentes, que advirtiéndolo en él reducida su complacencia á santos ejercicios, y caritativas obras, y que huía de las ocasiones peligrosas, brillando en su rostro el pudor y la modestia, le ponian como ejemplar y modelo de todos los jóvenes de su edad.

Aplicado á los estudios, hizo en las ciencias maravillosos progresos correspondientes á los de su virtud. Era de un ingenio vivo, sólido y penetrante, naturalmente culto y despejado, y poseía una elocuencia nada comun; y ayudados estos principios con una incesante aplicacion, le hicieron despues uno de los mas santos y sabios padres de la Iglesia.

Aunque Leandro tenia grandes talentos, y nobilísimas disposiciones para adelantarse cada dia mas y mas en las letras, con todo era mayor su inclinacion al retiro y soledad. En vano le lisonjeaba la fortuna con los adelantamientos, que pudiera lograr en el mundo, debidos á su mérito y calidad, pues el deseo de trabajar únicamente en el negocio de su salvacion era para él el mayor atractivo. En efecto, siguiendo tan acertado impulso, determinó buscar asilo á la inocencia en el monasterio del orden Benedictino, sito en la ciudad de Sevilla, floreciente por entonces en la primitiva observancia regular, donde vivió algunos años dedicado al servicio del Señor, y ocupado en los mas rigidos ejercicios de penitencia, en el estudio de las santas Escrituras, y en el de la disciplina eclesiástica; siendo la admiracion de todos los religiosos por el esplendor de su virtud, por la luz de su sabiduría, por la grandeza de su doctrina, por el fervor de su observancia, que le hacia brillar entre los monges como el sol entre los demás astros.

Cuando se hallaba Leandro con el mayor reposo y quietud, gozando de las delicias del retiro, hecho dueño de los corazones de todos por su eminente santidad, ocurrió la muerte del arzobispo de Sevilla (bien fuese Estéban, ó David, sobre que varían los escritores); y persuadidos los electores de que en el reino no habia persona mas digna para ocupar aquella cátedra, una de

las mas principales sillas metropolitanas de España, por aclamacion comun fué colocado en ella á pesar de su humilde resistencia.

Constituido en el ministerio episcopal, le dispensó con vigilante circunspeccion, dirigió su rebaño con sabio y prudente consejo, y no omitió diligencia alguna que pudiera contribuir á satisfacer completamente el cargo impuesto por Dios sobre sus hombros. De dia y noche trabajaba infatigablemente con un celo, una vigilancia, y una aplicacion tan exacta, que manifestaba sin equivocacion estar su espíritu lleno de Espíritu Santo, mostrándose con una prudencia consumada, liberal en las limosnas, equitativo en los juicios, moderado en las sentencias, continuo en la oracion, admirable en las divinas alabanzas, infatigable en los oficios eclesiásticos, abundante en la piedad, y en la caridad sin limite.

Prevalcía en su tiempo en España la herejía arriana protegida de los Visigodos, causando los mas lastimosos estragos en los católicos defensores del sacrosanto dogma de la divinidad de Jesucristo; y persuadido Leandro, que la destruccion de este monstruo infernal debia ser el objeto principal de los deberes de su ministerio, empleó para sepultarle su grande sabiduría, su mucha reputacion, y toda su autoridad, atacando al enemigo hasta en sus mismas trincheras. En prosecucion de tan laudable empresa, de continuo confirmaba á los católicos con sus sabias predicaciones é instrucciones en la infalible verdad del artículo controvertido, refutaba á los herejes con sus doctos discursos y nerviosa elocuencia, y procurando atraerles á verdadero conocimiento, sacó á no pocos arrianos del error, aumentando por estos medios el rebaño de Jesucristo considerablemente.

Cuando prosperaba Leandro en las conquistas á virtud de sus grandes talentos, y de su ingeniosa industria, se retiró á Sevilla, capital de sus estados, su sobrino el principe Hermenegildo con su esposa Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Francia, princesa no menos distinguida por su rara virtud que por su alto nacimiento, la cual aprovechándose de esta ocasion, trabajó en la conversion de su esposo, educado en el arrianismo, á la religion católica. Logrólo en fin auxiliada de su tio S. Leandro, autor principal de tan laudable empresa, y por quien instruido perfectamente en el dogma católico, abjuró la herejía, recibió el bautismo, y con el sagrado crisma del sacramento de la Confirmacion aquel valor, y aquella constancia, en que se forman los héroes del cristianismo. Deseando con vivas ansias dar pruebas de la firmeza de su fe, no tardó mucho tiempo en que se le

ofreciese ocasion para ello. Apenas supo su padre, acérrimo defensor de la herejía arriana, su mudanza de religion, no dando oídos mas que á su pasión, y á los violentos consejos de su mujer Gosvinda, que habia sido la causa del retiro de los dos príncipes á Sevilla por los malos tratamientos que hacia á Ingunda siempre firme en la religion católica, entró en tan furiosa cólera, que despojó á Hermenegildo del título de rey, que le concedió sobre toda la Andalucía, resuelto á quitarle la vida si no renunciaba de la fe que habia abrazado; y aun para hacer mas ruidosa su venganza, al mismo tiempo que discurría medios para dar muerte á su propio hijo, escitó una cruel persecucion contra los católicos.

Noticioso Hermenegildo de las precipitadas medidas que tomaba su padre para perderle, creyó deberse defender en la guerra injusta que le movió aquel por causa de religion, bien entendido de la preferencia de su salvacion á las obligaciones con un progenitor, que intentaba impedirle por sostener el error en que estaba imbuido. Pero no hallándose este príncipe con fuerzas suficientes para resistir las superiores de Leovigildo, se vió en la precision de recurrir á la proteccion del emperador; cuya resolucion fué sin duda la causa de que pasase su tío Leandro á Constantinopla á solicitar de Tiberio, sucesor de Justino el jóven, auxilios en favor de los católicos de España, capaces de reprimir la insolencia de los Arrianos. Con este motivo conoció en aquella corte á S. Gregorio el Grande, diácono á la sazón de la Iglesia romana, y nuncio del papa Pelagio II cerca del emperador. La uniformidad de sentimientos, de costumbres, y de virtudes, hizo bien presto entre ambos una union tan estrecha, que solo pudo disolverla la muerte. Retardó el fallecimiento de Tiberio las primeras negociaciones de Leandro, y así le fué preciso reiterarlas con su sucesor Mauricio; pero hallándose ocupado este soberano en la guerra contra los Persas, y en otros negocios gravísimos del Oriente, que no le permitian dividir sus fuerzas, ni pensar en expediciones del Occidente, se volvió Leandro á España sin haber conseguido el fin de su embajada para quietud de los católicos, y seguridad del príncipe Hermenegildo.

A su arribo encontró la guerra entre padre é hijo mas encendida, si cabe, que antes de su partida. Tenaz Leovigildo en perseguir á Hermenegildo hasta la muerte, no omitió medio alguno que pudiera contribuir á este depravado fin. Para acalorar tan impío pensamiento, tomó el pretexto político, de que intentaba rebelarse contra el trono, y aun cometió la bastardia de

corromper con dinero á los soldados que defendian al príncipe: últimamente, preso y encarcelado Hermenegildo, terminó la cuestion con mandar Leovigildo quitar la vida á su propio hijo, acriminándole como su mayor delito el no haber querido recibir la comunión pascual de mano de su obispo arriano.

Parecia deberse dar por satisfecho Leovigildo con el enorme atentado; pero como un abismo provoca á otro abismo, léjos de serenarse, continuó la persecucion contra los católicos como un leon enfurecido: desterró á los santos obispos defensores de la fe ortodoxa: dejó á las iglesias sin pastores: saqueó sus bienes; y se vieron los fieles en la mayor consternacion. Los vínculos de la sangre, y respetos que tenia con Leandro, no bastaron para librarle de su furor, antes bien considerándole como el apoyo de Hermenegildo, descargó sobre él toda su cólera, haciéndole participante de la infeliz suerte de los demás prelados, y aun con mas rigor, desterrándole á Cartagena sin mas menaje que el pobre hábito que vestia.

No se acobardó el Santo con tan injusto castigo, antes bien animado su valor de aquel fervoroso celo, que constituye el carácter de los varones apostólicos, continuó desde el destierro la guerra contra los enemigos de la fe. Ya que no podia alentar á los católicos con la voz viva, compuso dos libros doctísimos enriquecidos de inmensa erudicion sagrada contra los dogmas arrianos, en los que confundió su error con vehemente estilo, y nerviosa elocuencia; y además escribió un admirable opúsculo contra los institutos de los mismos herejes, en el que presupuestos sus principios les rebatió con concluyentes respuestas. No satisfecho su celo con estos monumentos de gloria eterna, considerando á los católicos afligidos por un rey cruel, enemigo capital de la religion, les animaba por medio de sus cartas llenas de aquel espíritu, de que se hallaba poseído su corazon; persuadiéndoles á que resistiesen con valor cristiano tan injusta persecucion, ilustrándoles en ellas en la infalible verdad de la divinidad del Hijo Eterno, y consustancialidad con el Padre. En fin, tal fué su constancia en proteger la fe ortodoxa, que dándole á sentir la justicia divina á Leovigildo los mayores y mas dolorosos sobresaltos, que le llevaban por todas partes con insufrible inquietud, sin poder resistir á los remordimientos de su mala conciencia, que le reprendia incesantemente la efusion de su propia sangre en la muerte de un hijo inocente, cuya santidad tenia acreditada el cielo con repetidos prodigios; en esta triste situacion cercano á la muerte, sino arrepentido con verdadera contricion, hizo llamar á Leandro, y le entregó á su hijo Reca-

redo, sucesor en el reino, encargando á éste siguiese en todas las instrucciones y consejos de su tío, y mandándole asimismo, que alzase el destierro á todos los obispos católicos.

Serenada tan furiosa tempestad con la muerte de Leovigildo, volvieron los prelados desterrados á sus respectivas iglesias, y al entrar Leandro en Sevilla no cabe en esplicacion el gozo que tuvieron los fieles á la vista de su santo pastor, á quien recibieron con los vivas, y demostraciones de aplauso, que pudieran tributar al mas célebre vencedor. Entregado totalmente Recaredo, príncipe de las mas escelentes cualidades, á la direccion de su tío, instruido por éste perfectamente en la infalible verdad del dogma controvertido, siguió los pasos de su hermano Hermenegildo con no menor celo y brío; y habiendo ascendido al trono, dió á gustar á la Iglesia los frutos que Leandro plantó en su corazon. No satisfecho con procurar la paz, y abrazar la comunión de los fieles por la solemne abjuracion que hizo de la herejia arriana, trabajó eficazmente, bajo la conducta de nuestro Santo, en la conversion de los Godos y Suevos á la religion católica, á cuyo fin dispuso á todos sus vasallos con su ejemplo, con el acierto de su gobierno, por las victorias que consiguió de los rebeldes, y con la exactitud de la justicia con que supo castigar á los que habian conspirado contra él para impedir el restablecimiento de la fe ortodoxa.

Luego que este príncipe se vió en estado de hacer prosperar una tan gloriosa empresa, convocó por consejo de su tío el tercer concilio toletano, donde despues de haberse leído y confirmado la fe en todo conforme á la definida en Nicea, por consentimiento universal de la nacion, se abolió enteramente el arrianismo, que tantos años la inficionó con su contagio. Leandro, que fué el director, ó mas bien el alma de este célebre concilio, uno de los mas importantes á la Iglesia despues de los generales, hizo al fin de él una docta y elocuente homilia, que fué el panegirico de accion de gracias á Dios por tan feliz éxito; la cual sirvió para arreglar los sentimientos y la conducta de los prelados eclesiásticos, testificando todos, y cada uno, que despues de Dios á él se debía tan completa gloria, que le mereció el renombre de Apóstol de los Godos, en lo que habia trabajado infatigablemente toda su vida.

Concluida la asamblea notició inmediatamente los felices progresos de la religion católica en España á su íntimo amigo san Gregorio, manifestándole individualmente todo lo ocurrido en el concilio, y lo que el rey Recaredo habia ejecutado; atribuyendo á este príncipe por su humildad todo el triunfo. El gozo que

con este aviso recibió el santo papa, fué tan sensible que le templó mucho la afliccion que le causaba el triste estado de la Iglesia romana á los principios de su pontificado. Respondióle con una carta llena de elogios para darle gracias, y mas bien á Dios por tan grandes sucesos, y reiterándole su antigua amistad, le manifestó cuanto seria del agrado de Dios el que reuniesen sus fuerzas para dilatar el reino de Jesucristo.

Retirado á su Iglesia, habiendo dejado en Toledo un monumento eterno de su memoria, despues que limpió el campo de España de la zizaña del arrianismo, se aplicó todo en el resto de su vida en sembrar las verdades evangélicas necesarias para la salvacion de su pueblo, en edificar y reedificar templos al Espiritu Santo, en celar sobre el culto divino, contribuyendo no poco para el logro de estos fines laudables los grandes ejemplos de sus virtudes, sus sabias instrucciones, máximas prudentes, frecuentes exhortaciones, y sólida doctrina. Igualmente que con sus palabras sirvió á la Iglesia con su pluma. Además de las obras dogmáticas contra los Arrianos, dignas del mayor aprecio por la sutileza, penetracion é ingenio con que convenció el error de esta herejia, compuso un tratado para su hermana Florentina, que se habia retirado del mundo al monasterio de Ecija, el cual es una instruccion utilísima para las vírgenes consagradas á Jesucristo, sobre el menosprecio del mundo, concebido en estilo conciso y sentencioso. Tambien trabajó con el mayor cuidado en los oficios eclesiásticos, y compuso cánticos agradables sobre las preces y salmos; de lo que han tomado algunos fundamento para juzgar que nuestro Santo pueda ser el autor de la liturgia gótica, llamada despues mozárabe, esto es, la que usaban los cristianos mezclados con los Arabes, cuando fueron dueños de España.

Los testimonios de pia afeccion que dió á nuestro Santo un pontífice tan insigne como S. Gregorio el Grande, y los elogios que hizo de su eminente virtud y sabiduría, son las pruebas mas auténticas que relevan su mérito. Deseoso de honrarle aquel célebre pastor, le envió el palio, insignia de los metropolitanos, manifestándole al tiempo de su remision, que no tenia necesidad de exhortarle, segun el estilo acostumbrado en semejantes casos, porque era notorio que llenaba todas las obligaciones de su ministerio tan exacta y perfectamente, que prevenia con sus laudables acciones todas las advertencias que se le pudieran hacer. Tambien le envió sus Pastorales ó Morales sobre Job, los que le dedicó como á primer autor del pensamiento, mediante á que estando ambos en Constantinopla, á ruegos de Leandro compuso san

Gregorio esta obra utilísima, digna de estar siempre entre las manos de los fieles.

Basta referir una de las muchas cartas escritas por S. Gregorio á Leandro, para que se forme idea del aprecio y veneración que hizo de este eminentísimo y nunca bien ponderado prelado. *Recibí la de vuestra Santidad (le dice) escrita con la pluma de vuestra caridad: del corazon tomó la lengua lo que escribió la pluma: presentes estaban cuando se leyó algunos varones virtuosos y sabios, los cuales principiaron luego á enterrecerse y compungirse con solo oirla. Cada uno con su amor y afecto os ponía en su corazon, pareciéndoles no oír, sino ver la dulzura del vuestro. Todos se encendían y maravillaban, mostrándose muy bien, en el fuego que se prendió en los oyentes, las llamas que ardían en el pecho del que hablaba, pues ninguno puede inflamar á otro, si no arde en sí primero. De aquí inferimos lo grande de vuestra caridad, supuesto que pudo imprimir en otros tanto incendio. No conocen vuestra vida, de la que yo siempre me acuerdo con grande veneración; pero la grandeza de vuestro corazon bien se echa de ver en la humildad de vuestras palabras: y sigue encomendándose en sus oraciones.*

Finalmente, después de haber gobernado este pastor incomparable su Iglesia por espacio de cuarenta años, murió en el Señor en el día 13 de marzo, á fines del siglo VI, bien que otros señalan su fallecimiento en el de 601. Su cuerpo fué sepultado con la posible magnificencia en la iglesia de Sta. Justa y Rufina, de donde fué trasladado á la catedral en el día 6 de abril, en la cual se renueva todos los años la memoria de esta traslación.

SANTA EUFRASIA, LLAMADA TAMBIEN EUFROSINA, VÍRGEN.

SANTA Eufrasia, mas ilustre aun por su eminente virtud que por su esclarecida nobleza, nació en Constantinopla hácia el fin del cuarto siglo, siendo emperador Teodosio el Grande, con quien estaba emparentada. Su padre Antígono, gobernador de la Lycia y del órden senatorio, era el señor mas estimado y mas virtuoso de Constantinopla; su madre Eufrasia, siendo el ejemplo de todas las señoras cristianas, era al mismo tiempo la que mas brillaba en la corte.

Habiendo ofrecido á Dios á Eufrasia su hija, único fruto de su matrimonio, convinieron los dos de comun acuerdo en vivir lo restante de sus dias en continencia, para dedicarse á la virtud con mayor desembarazo.



STA. EUFRASIA V.